

EL PRIMER VIAJE DE SANTA TERESA A JAEN

Por Fr. EFREN DE LA MADRE DE DIOS O. C. D.

LOS viajes de Sta. Teresa eran un rito sagrado. Su sabiduría y experiencia lo había marcado con un sello concreto: Fundar no era salir; era pasear un convento vivo por los caminos de España, proclamando su mensaje. En ellos se santificaban sus monjas igual o mejor que en los monasterios de cal y canto, inmóviles y solitarios.

Sus monjas lo sabían bien. Preguntábale una vez Isabel de Jesús en Salamanca que la enseñase a ser santa. La Madre replicó concisamente: «Sí haré, que ahora tengo una fundación y la llevaré allá». Y puesta ya en la demanda, viéndola turbada le recordó: «¿No me dijo que la enseñase a ser santa? Sepa que así lo ha de ser».

El presupuesto era que aquella misión era sustantivamente sobrenatural. Salir, salir a fundar, tenía que ser por sola obediencia, y ésta le había dado el General de la Orden cuando la mandó fundase tantas casas de aquellas como pelos tenía en la cabeza; y ella confesó que lo hacía «por paracerme que en darle a él contento servía a nuestro Señor, por ser mi perlado» (*Fundaciones*, c. 27, 19).

Más de una vez intentó sustraerse a la enojosa tarea, cansada. Pero Dios la espabilaba enseguida: «No puede ser menos, hija. Procura siempre en todo recta intención y mírame a Mí» (*C. de Conciencia*, 7.^a). Y remachaba: «Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo. He querido que ganes tú esta corona. En tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen» (*C. C.* 11.^a).

Ella también replicaba a Dios cuando no tenía a mano argumentos contra sus denigrantes, y un día alegó que ellos esgrimían contra ella el argumento de S. Pablo, que las mujeres tenían que estar quietas y calladas. El Señor replicó: «Díles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos» (C. C. 16.^a).

Como motivo sagrado que era, procuraba acentuarlo con matices sagrados. Las fundadoras iban siempre acompañadas de quien las pudiese confesar, «y esa era la primera hacienda cada día; y luego comulgaba ella» (*Tiempo y Vida*, 2.^o ed. p. 925).

A los principios iba con ellas el capellán Julián de Avila. Años adelante, tres descalzos y algunos seglares. Los días de partida comulgaban todas las compañeras, y durante los caminos procuraba que los sacerdotes no dejaran ni un día sin celebrar.

El *encerramiento* o aislamiento, sello de las descalzas, debía estar siempre con ellas, pues *ellas eran el convento*.

Procuraba también rodearse de una cierta *dignidad*, para que la gente no tuviese en menos a las monjas y no se les atreviesen con palabras descomedidas que suelen decir a mujeres de poca consideración; «quería que en lo exterior fuesen como mujeres principales» (*F. Ribera, V. S. T. 1. 2, c. 18*). Ella aclaró a su cuñado Juan de Ovalle que iban cubiertas con los velos porque «si las viesan romeras y mal en orden, se les atreverían a decir deshonestidades por los caminos».

Escogía, en lo posible, buenos vehículos; coches y aún literas; si buenamente las podía haber. Cuando no, carros muy bien cubiertos, que era lo ordinario.

Aquellos carros se transformaban, como por ensalmo, en «coro, casa y sala de recreo». Primeramente señalaba algunas a quienes las demás obedeciesen, y con esto tanteaba si tenían talento para gobernar.

El entrar y salir de los carros era algo solemne, y tenía que ser con la capa blanca y el velo negro sobre el rostro. Se adelantaban los hombres para mirar la posada y ponerla en condiciones, para que no hubiese más que salir del carro y ocupar la posada, sin pérdida de tiempo (*Tiempo y Vida*, p. 927).

En los carros nunca faltaba *agua bendita*, y también llevaba un Niño Jesús, un reloj de arena y una campanilla pequeña; a veces, una imagen de S. José, de la SS. Virgen o un devoto Crucifijo.

Pasar por delante de una iglesia donde estuviese reservado el SS. Sacramento, era una auténtica profesión de fe, cuando eran lugares discretos: «Hacia nos postrásemos todas con profunda reverencia», dice Ana de Jesús; y aunque estuviese cerrada la puerta, se apeaba y hacía esto, diciendo: «¡Qué gran bien, que hallemos aquí la Persona del Hijo de Dios!».

También se hacían en los carros *las mortificaciones* acostumbradas en el convento: «rezaban sus horas y había silencio y gran recogimiento». Tanto que no se permitía hablar ni con los religiosos ni con los seglares. Y cuando se levantaba el silencio era una explosión de júbilo, y todos lo celebraban como una fiesta, pues el silencio lo guardaban hasta los mozos y carreteros.

En las posadas se mantenían encerradas, y los recados sólo podía recibirlos la que había sido designada *portera*. «En los mesones ni en otra parte no se desnudaban. A veces se pasaban las noches en oración vocal y mental». La Madre era siempre la última que se acostaba y la que despertaba a todas. Y añade Ana de Jesús: «Ella quería guisar lo que todas habíamos de comer».

Durante los viajes iba pendiente de lo que cada una pudiese necesitar. A su enfermera encargaba «acudir y regalar lo mejor que pudiese a la gente necesitada, y a los carreteros y demás mozos que en el camino servían», dice Teresita de Cepeda.

Eran tan encarecidas sus palabras cuando hablaba con Dios, que dejaba suspensos a los propios arrieros. Llamaba a veces a los que iban a pie y mantenía con ellos conversación con tanta gracia que olvidaban el cansancio del camino; aunque no faltaba el zumbón que oyéndola decir que así ganarían el cielo, replicó malhumorado: «¡También lo ganaba yo dende mi casa!».

Así era cuando iban en carros. Cuando los viajes, por ser más urgentes, eran en mulos, la Santa mostró su pericia particular para mantenerse enhiesta sobre ellos, aunque se espan-

tasen las bestias. Se conservan varias sillas de montar de la M. Teresa, como la de Avila y la de Palencia. El P. Gracián, torpe jinete él, la admiraba, y declaró: «Acaeció una vez disparar a correr la mula en que iba, alborotándose, y ella, sin dar voces ni hacer extremos de mujer, la refrenó» (*Tiempo y Vida*, p. 930). En estas ocasiones era muy efusiva con sus compañeros de viaje.

Antes de hacerse cargo de una fundación la M. Teresa se informaba minuciosamente de sus condiciones: cómo se mantendría, qué enlaces tenía con sus restantes fundaciones, cómo eran los caminos y sus comunicaciones por correo.

La primera invitación que recibió de Beas de Segura (Jaén), la puso en movimiento de investigar. La invitación le había llegado por correo propio, es decir, en mano, que era el medio más costoso y más eficaz. Y lo primero que hizo fue informarse del mismo portador: «Yo me informé del hombre. Díjome grandes bienes de la tierra». Averiguó también a qué distancia se hallaba y cómo eran los caminos.

La distancia y el estar tan a desmano la arredró un poco, porque tenía que contar con el consentimiento del Comisario Apostólico: «Mirando las muchas leguas que avía desde allí, paracíame desatino» (F. 22, 2).

Las distancias y los caminos eran conocidos por ciertos manuales que corrían de mano en mano. El más conocido era el de Juan Villuga: *Repertorio de todos los caminos de España* (Valencia, 1545. Medina del Campo, 1546). Posterior a éste y con algunas correcciones, de Alonso de Meneses: *Compendio y memorial o abecedario de todos los principales caminos de España* (Toledo, 1568).

Más usados todavía eran otros itinerarios privados, muy corrientes, que se proporcionaban los que tenían que viajar con alguna frecuencia. Hemos hallado uno de estos, enriquecido con experiencias personales de su usuario el carmelita descalzo Sebastián de la Concepción, del que nos hemos valido casi siempre con preferencia a los demás: *Itinerario de algunos caminos más usados en toda nuestra España, sacado del que escribió Alonso*

de *Meneses, Correo* (Ms. muy manoseado, que se conserva en el Archivo de los Carmelitas Descalzos de Segovia). En este manual se señala cuándo el camino era de carros y cuándo de mulos.

Anterior a todos estos manuales conocemos un precioso itinerario, descrito minuciosamente por Fernando Colón, que se halla manuscrito en la Colombina de Sevilla y se editó literalmente en tres tomos, con el título: *Descripción y cosmografía de España*. Su fecha de composición es aproximadamente el año 1515, año natal de Sta. Teresa. Este libro nos ha prestado utilísimo servicio para reproducir el panorama auténtico de los días teresianos.

Para sus caminos hay, sin embargo, otro más autorizado y del tiempo de los viajes de Sta. Teresa, las *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España*, compilado por orden del Rey D. Felipe II alrededor del año 1575, año en que Sta. Teresa entró en Andalucía.

* * *

A lo largo de seis meses estuvo la M. Teresa planificando meticulosamente la excursión a la raya de Andalucía. Con fecha 24 de septiembre de 1574 escribía a M.^a Bautista, priora de Valladolid, muy entrometida en todas las empresas de la Fundadora: «Sepa que no es Beas en el Andalucía, sino cinco leguas más acá que ya sé que no puedo fundar en el Andalucía» (Cta. 72, 4).

Esta era la conclusión de la M. Teresa después de tantas investigaciones, tan aplomadas como ella solía hacerlas. Fué más tarde cuando comprobó que Beas gozaba de doble jurisdicción, que daba pie a una contradictoria filiación territorial. «Averiguóse, dice Gracián, que en cuanto a los *pleitos seculares* de las Chancillerías era *distrito de Castilla*; mas que en cuanto a las *religiones* era provincia de Andalucía» (*Scholias*).

* * *

Los expedicionarios se concentraron en el convento de Malagón, lugar calificado por la Santa, ya desde los principios como «lugar tan pasajero» (Cta. 104, 7). Partieron de Malagón el 14 de febrero de 1575. Eran nueve las monjas, además una aspi-

rante, natural de Villarrubia de los Ojos, llamada Lucía Martínez, los mozos y carreteros de alquiler y el ajuar indispensable todo en cuatro carros, amén de los mulos para los escuderos.

El alquiler de cada bestia era de 2 reales por día (unas 680 ptas. de hoy), y cincuenta reales por mes (unas 17.000 ptas.) a 8 leguas por día. Cada mozo cobraba diariamente 4 reales (1.360 ptas.).

* * *

El itinerario directo, minuciosamente cronometrado, era entrando por el punto más cercano de la Encomienda de Santiago, que comenzaba en la localidad de La Membrilla, contigua a la villa de Manzanares.

La primera jornada, lunes de Carnaval, fue desde Malagón a Manzanares. Allí pernoctaron, según cierta tradición, y al día siguiente, martes de Carnaval, pasaron la raya de la Encomienda de Santiago por La Membrilla, con la intención de celebrar la Sta. Misa en el primer lugar a propósito. Eran dos los sacerdotes de la comitiva: el capellán Julián de Avila, y el sacerdote Gregorio Martínez, hermano que era de la postulante Lucía Martínez.

El gobernador civil, D. Gómez Velázquez, de la Orden de Santiago, residía a la sazón en la villa de Infantes, cabeza del Campo de Montiel. Entre los moradores de La Membrilla había un hidalgo, llamado D. Bartolomé de Ahumada. Sospechamos que se trata de un primo de Sta. Teresa, hijo quizá de su tío D. Juan de Ahumada, que años antes había fijado su residencia en Castilblanco (Badajoz), por donde la Santa había pasado en 1548, al regreso de la romería de Guadalupe, visitando a cuantos familiares hallaba en su camino. De este D. Bartolomé de Ahumada no hemos hallado todavía noticia exacta; pero barruntamos que se trata de un pariente de la Sta. Fundadora.

El primer problema de la Sta. Madre, en amaneciendo, era que los sacerdotes pudiesen celebrar la Sta. Misa y dar la comunión a las monjas, y la parroquia de Manzanares estaba destruida desde el incendio que la consumió el día de Corpus de 1571. Decidieron buscar suerte en La Membrilla, que estaba al lado.

«En las afueras de La Membrilla, —leemos en un relato de 1575—, hay una ermita que está en el castillo que llaman del Tocón, de mucha devoción en esta villa y su comarca». Estaba a cargo del bachiller Pedro Ramírez, y se tenían que decir cada semana dos misas. Aquí hubo de ser donde dijo la misa el capellán Julián de Avila, y después no podía decir la el otro sacerdote Gregorio Martínez, por falta de provisiones. La Sta. Madre suspiró pidiendo a Dios que lo remediase; «y casi milagrosamente, asegura Ana de Jesús, se halló lo que faltaba».

El camino real del Andalucía corría desde allí a La Solana, a una legua grande (10 kms.), que lindaba con los términos del Campo de Montiel, el partido de Segura y la bailía de Caravaca.

Desde La Solana el camino real continuaba por Alcubillas, «a cuatro leguas moderadas de camino real derecho».

Nos admira hoy que el camino real no fuese por Villanueva de los Infantes, residencia del Gobernador del Campo de Montiel.

Lo cierto era que Villanueva era un villa relativamente moderna, llamada anteriormente La Moraleja. En la relación de 1575 leemos: «Esta villa no es antigua, antes es muy nueva y no se sabe de qué tiempo a esta parte se fundó ni quién fuese el fundador». Parece ser que los vecinos de un poblado que caía sobre Jabalón, llamado Jamila, abandonaron el lugar, por ser húmedo, y ocuparon La Moraleja, que el Infante D. Enrique, Maestre de la Orden de Santiago, hizo villa, siendo antes aldea de la villa de Montiel.

El camino de Alcubilla cruzaba el Jabalón por vado, y dos leguas al sur pasaba por Cózar, y otras dos adelante, entraba en Torre de Juan Abad, meta de la jornada, donde tenían que pernoctar y contratar espoliques adiestrados en los pasos de Sierra Morena.

Torre de Juan Abad era el paso obligado entre Castilla y el Andalucía. La villa rebosaba de trajinantes, concentrados mayormente en la Venta del Villar, a media legua de distancia, junto a la Fuente del Villar.

«La Sierra Morena, —leemos en la relación de 1575—, está desviada de esta villa hacia la parte del medio día dos leguas, y corre del oriente al poniente, y comienza desde tierra de Alcaraz y va hasta entrar en Portugal, do dicen que se llama el Valdebor». En realidad, la cadena montañosa penetra en Portugal en forma de sierras menores que se empalman hasta el cabo de S. Vicente con la Serra do Caldeirao y la Serra de Monchique.

La Torre de Juan Abad gozaba de las mismas franquicias que las villas de Montiel y Alhambra, por ser cabecera de aquel partido y su antigüedad era inmemorial. Contaba a la sazón 300 vecinos, aunque los trashumantes eran incontables. El duque de Feria, comendador de Segura, era el dueño de la Venta del Villar, que cobraba un «derecho de Roda» a cuantos pasaban por ella.

Los términos de la villa incluían las dehesas de Montizón (del comendador D. Jerónimo de Cabanillas) y la dehesa de Cahora (de la mesa maestra) y las dos dehesas de los Hitos (del comendador mayor de Castilla) y el término de la villa de Castellar, con su dehesa, y la dehesa, viñas e cotos de la villa de Villamanrique, y la parte que dicen de Cernina y la Serna».

Por su condición de villa-puente, «hay en esta villa un hospital para recogimiento de los pobres pasajeros, el cual dejaron Mari López, la vieja, y Bernal Sánchez, difuntos».

No era precisamente este hospital el sitio que buscaban las fundadoras, muy dignas señoras, con toda su pobreza profesional. Presumimos que acudieron a la Venta del Villar, del duque de Feria. El informe de 1575 dice: «Esta villa está en el camino real de los carros en el Puerto de Sierra Morena, que pasan desde Sevilla y Granada y del Andalucía a la Corte de Madrid y a la Mancha y a otras muchas partes; y en términos de esta villa hay una Venta que se dice la Venta el Villar, y es del conde de Feria comendador de Segura». A ella acudían los trajinantes con aceite, madera y víveres y tenían que detenerse en el camino. Sus términos confinaban por el sur con Chiclana, «un poco desviada a la mano derecha, a seis leguas pequeñas, por camino derecho», y con Santisteban del Puerto, a ocho.

El alquiler de los espoliques previó todas las contingencias del camino hasta Beas; pues amén de los carros y bestias de tiro, alquilaron bestias de refresco para el vado del Guadalimar. Todo hacía suponer que pensaban seguir todo el camino real hasta Beas pasando por dicho vado.

* * *

Al levantarse la madrugada del miércoles de Ceniza, 16 de febrero, no dejarían de oír la misa consabida y de recibir la santa ceniza, quizá en la parroquial de N.^a Sra. del Olmo.

Hasta Beas se contaban siete leguas, que podían muy bien hacer en una jornada corta, para llegar allá a media tarde, como habían previsto, de acuerdo con los vecinos de Beas. Todo iba meticulosamente previsto.

Y comenzaron a caminar los cuatro carros, los mulos de refresco, los escuderos en sus mulos y los mozos, los carreteros y los capellanes.

Todos los haces de caminos que iban y venían, se anudaban en el puerto de Sierra Morena, puerta del Andalucía, en el sitio preciso de la Venta del Barranco, llamada después Venta Quemada, que marcaba los linderos de la Mancha y del Andalucía. Allí concurrían los que venían de la Mancha y Castilla con los que provenían del Levante, Cataluña y Valencia, que en Alcaraz se bifurcaban, uno a la izquierda en derecho hacia Granada, otros a la derecha, en dirección a Sevilla por la vía del Condado, que alcanzaban en Santisteban del Puerto, pasando por Puebla del Príncipe, Villamanrique y Venta del Barranco. Desde aquí seguían hasta la Venta de los Santos y Santisteban del Puerto, donde la antigua vía romana coincidía con la nueva vía del Condado.

Tenían ante sus ojos la tierra del Andalucía.

Andalucía gozaba aquellos días su época de esplendor. Como dice Cuenca Toribio, «Sevilla, puerto y puerta de Indias, ritmó la sístole y diástole de la economía occidental por espacio de una centuria. Córdoba se convirtió en un centro comercial de primera magnitud, con obrajes de paños y sedas en carrera ascen-

dente hasta las últimas décadas de la centuria. Jaén, Granada, Málaga y Almería se beneficiaron también de la ola de prosperidad que inundó a Andalucía y a la cual supo dar respuesta, no sólo en el terreno material, sino en el espiritual... Así, a consecuencia de los descubrimientos transoceánicos, la ubicación de Andalucía en el plano estratégico cultural cambió de modo espectacular» (*Andalucía. Una introducción histórica*, Córdoba, 1980, p. 61-63).

Demográficamente, Andalucía «contaba con la red urbana más importante de la Península, con excepción todavía de la Meseta entre el Duero y el Tajo. Las tierras jienenses colindantes con el Guadalquivir, la campiña cordobesa y el valle inferior de dicho río, concentraban una elevada población urbana, que alcanzaba su máxima expresión en Sevilla, la capital con mayor número de habitantes de toda la Península, y una de las de más alta densidad de toda Europa» (id. p. 64).

«La sociedad sintonizó también con estos afanes culturales. En las tierras altas de Jaén, Baeza mostraría igualmente que la sensibilidad intelectual y los ímpetus renovadores no quedaban circunscritos a las grandes urbes».

«Los salarios de menestrales, artesanos y marineros subieron considerablemente; pero la elevación de los precios no fue menor, con los consiguientes efectos perjudiciales para los estamentos más desheredados» (1. c. p. 68-69).

* * *

Los espoliques de Torre de Juan Abad condujeron a las fundadoras por el camino real hasta la Venta de los Santos. Allí, no acertamos por qué motivo, rebasado el lugar se desviaron a su izquierda, con la intención quizá de tomar el camino real que bajaba de Alcaraz a Granada por el vadó del Guadalmena.

Se desviaron junto al Cerro de los Candilonares, por los cortijos del Engarbo y del Roblear, llamado también de las Minas. A poco trecho del Roblear, el camino se bifurcaba: a la derecha en ondulaciones descendentes hasta el nivel del río, donde había un vado, llamado de Linarejos, que todavía hoy atraviesan las

caballerías. Tomaron, sin embargo, el ramal izquierdo, que les venía de cara, menos accidentado de momento, pero que poco después abocaba en unos precipicios horripilantes, con desniveles superiores a los 300 metros, cortes a pico que se multiplicaban en todas direcciones. Eran las llamadas Riscas de Valdeinfierno.

A una esquina, por la izquierda, se desdoblaba un camino pendiente que bajaba hasta el Cortijo de El Norte, al nivel de la corriente del río, donde confluyen los ríos Herreros y Guadalmena. Los carros y toda la gente se quedaron bloqueados en un laberinto de precipicios, hasta que oyeron una voz que subía de lo hondo, quizá del Corjito de El Norte, invitando a los caminantes a retroceder con tiento de la forma que aquella voz indicaba.

El relato de una testigo, Ana de Jesús, recoge el estremecimiento que embargaba a nuestros caminantes: «Ya que llegamos a la postrera jornada en Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino de manera que no sabían por dónde iban. N. M. Teresa de Jesús comenzónos a mandar a ocho monjas que con ellas íbamos pidiésemos a Dios y a N. P. S. José nos encaminase, porque decían los carreteros que íbamos perdidos y que no hallaban remedio de salir de unos riscos altísimos, por donde íbamos. Y al tiempo que la Sta. Madre nos mandó lo dicho, comenzó desde una hondura muy honda, que con harta dificultad se veía desde lo alto de aquellos riscos en que estábamos, a dar grandes voces un hombre que en la voz parecía anciano, diciendo: ¡Teneos, teneos, que vais perdidos y os despeñaréis por ahí! A estas voces paramos. Y los sacerdotes y personas seglares que iban con nosotros, comenzaron a escuchar y preguntar: Padre, pues ¿qué remedio tendremos para remediarnos y salir del estrecho en que estamos? El les respondió: que echasen hacia una parte, que vimos todos que milagrosamente habían podido atravesar por allí los carros».

Con este relato en la mano, anduvimos durante tres veranos tratando de localizar estos parajes. Comenzamos a buscar desde el arranque de la Venta del Barranco, o Venta Quemada, sin hallar desniveles suficientes que justificasen el relato de Ana de Jesús. Al tercer año, echando de ver los precipicios que caían sobre el embalse del Guadalmena, nos dirigimos por el Cortijo del Mesto

a los guardias forestales que conocían palmo a palmo toda aquella zona. Quedamos gratamente sorprendidos cuando en un cortijo escuchamos la siguiente noticia: «Dice la leyenda que la Madre Teresa se perdió por las riscas de Gualdinierno».

Con aquella información, para nosotros muy vaga, solicitamos de un guarda forestal que nos condujese hacia aquellas riscas. Era un verano muy caluroso y al filo del medio día. Cuando alcanzamos a ver las riscas desde la cañada de Linarejos, el termómetro marcaba los 50 grados centígrados.

Años después hicimos el recorrido a la inversa, desde la presa del Guadalmena. Con esta presa el precipicio no causa tanto pavor, pues el nivel del agua sube cerca de noventa metros. Por un camino trazado por Icona, subimos hasta el Roblear, donde un guarda nos confirmó lo dicho y señaló la cañada de Linarejos, donde nosotros habíamos estado el último verano, y nos confirmó que por allí se bajaba al vado del río, todavía existente.

Desde las riscas, nuestros caminantes retrocedieron hasta el Roblear, rodearon por el Colmenar de Chuscarra en la vertiente sur del cabezo llamado el Pedernoso, hasta recobrar el camino real que habían dejado, por el Mesto y la Porrosa, bajando por allí, dos kilómetros más abajo de donde lo dejaron.

Las mulas, contagiadas del júbilo de los liberados del lance, parecían volar. «Esta ligereza de las mulas, dice Ana de Jesús, fue de manera que, habiendo aquel día sacado del pueblo de donde salimos bestias y hombres para pasar el río Guadalimar fuera de los carros, en llegando a él nos hallamos en la otra parte sin haber tenido lugar de salir de los carros ni podernos menear. Y así se espantaron los principales del pueblo de Beas que nos salieron a recibir, de ver la gran jornada que aquel día se había podido andar».

El camino, dejando a la derecha el Cerro de los Santos, orillaba el arroyo de la Porrosa hasta abocar en el Guadalimar. Allí estaba el vado del camino real, todavía hoy transitado, por donde llaman el Barruelo, según nos confirmó un peón caminero (Miguel Nevado García) para alcanzar el camino de Valencia a Granada, por entre la Teja y la Vicaría. El mismo peón nos confirmó

que había en la Porrosa una explícita tradición de que por allí había pasado Sta. Teresa; y, en efecto, por allí bajaba el camino real.

* * *

Junto al camino de Valencia a Granada se habían apostado los caballeros de Beas, de forma que tenían que dar con nuestros caminantes, ya viniesen por uno o por otro camino.

El 16 de febrero de 1575, a media tarde, a pesar de las dos horas que se había llevado el extravío de las riscas, las fundadoras entraban en la villa de Beas.

Nadie pensó que aquello fuese el Andalucía; pero se echaba de ver un bullicio diferente de los pueblos de Castilla. Les sorprendieron primeramente las gracias de los caballistas: «Los de a caballo, que los hay allí, haciendo gentilezas, dice Julián de Avila, cada cual de la manera que podía, delante de los carros».

La segunda nota fue el bullicio infantil, con niños y niñas ataviados con sus trajes regionales: «No debió quedar persona chica ni grande que no saliese con gran regocijo», decía Julián de Avila.

Las promotoras de aquella fundación, las hermanas Catalina Godínez y María Sandoval, como quien no da nada, ofrecieron sus casas principales para hacer en ellas el convento, amén de lo que les había quedado de la hacienda, que eran 6.000 ducados, que dicho en pesetas de ahora serían 22.000.000 pts., y esto, sin derecho a que las admitiesen, sino de limosna, si las querían, y en condición de legas.

Así era Andalucía: una fusión de esplendor y de cordialidad, acogiendo a las fundadoras como si fuesen ángeles del cielo. Los tres meses que la Madre hubo de quedarse allí pudo comprobar que aquella gente mostraba valores para ella hasta entonces desconocidos.

* * *

Hasta que se enteró que aquello era el Andalucía; y desde entonces comenzó a temblar, como si la hubiesen sorprendido

en un paraíso prohibido, bajo la pesadilla del General de la Orden que le había conminado desde el principio que no quería que fundase fuera de Castilla. El día 12 de mayo escribía la Madre: «El fin es que está esta casa en el Andalucía, y como el P. Gracián es provincial de ella, heme hallado su súbdita sin entenderlo, y como a tal me ha podido mandar» (Cta. 79, 6).

Y el P. Gracián le mandó que en vez de ir a fundar a Madrid fuese a Sevilla, que era como desafiar los poderes del P. General. Así lo comunicaba ella al obispo de Avila, después de contar, como solía, la distancia del camino de Sevilla: «Nos partimos para allá la semana que viene, el lunes. Hay cincuenta leguas» (Ct. 78, 3).

Pero partieron miércoles, día 18 de mayo. El miércoles tenía para ella sello josefino. En miércoles les había atravesado Sierra Morena y S. José la había avisado del peligro de las riscas, y en miércoles tenía que lanzarse a la aventura de Sevilla que era como enfrentarse al propio P. General y poner en riesgo toda su obra de Fundadora.

Partieron antes del medio día. Anduvieron cinco leguas y se detuvieron a pernoctar en las afueras de Santisteban del Puerto, a las afueras, sobre las losas de la iglesia de S. Andrés. La salida de Beas fue por el Puente Mocho, ahora mocho, para tomar por allí el camino del Condado en dirección a Linares. Sestearon en una floresta, donde la Madre se embebió de forma que no la podían arrancar de allí, de lo feliz que se sentía. En la ermita de S. Andrés pasaron la noche «a ratos rezando y a ratos descansando sobre las losas de la iglesia».

Al filo del alba reemprendieron el camino al fresco corto de la mañana. Eran hasta Linares siete leguas «de cerros e montes bajos e altos e tierras de panllevar, por el camino de la vía romana, —son palabras de Fernando Colón,— dejando a su izquierda como a cuatro tiros de ballesta, las Navas de S. Juan».

Andadas cuatro leguas toparon con la Venta de los Arquillos. Era sobre el medio día cuando llegaron a la vista de una venta. Parecía otra Andalucía, para ellos inédita. Dice Julián de Avila: «Estaban unos hombres, los más perversos que he visto en mi

vida, e iba allí el P. Gregorio Nacianceno» (el sacerdote Gregorio Martínez, a quien en Beas habían dado el hábito de novicio carmelita). Fueron tantas las bellaquerías que dijeron aquellos hombres, que ni por bien ni por mal bastaba a hacerlos callar».

Era, según parece, la Venta de Castro, una legua antes de Linares. El alboroto de las baladronadas terminó dándose ellos cuchilladas entre sí. La Madre y sus monjas se habían mantenido a una distancia discreta, y cuando ellos se fueron, se acercaron a la Venta a tomar un refrigerio.

Aquel año la sequía y el calor eran de forma que la Madre pensó que el sol del Andalucía era muy menos discreto que el de Castilla. La carestía de vida era muy superior, como pudo comprobar, al de Castilla. Las monjas tenían sed, mucha sed, y la Madre quiso que la saciaran, y comenzaron a beber vasitos de agua. Cada vasito costaba dos maravedises (que hoy serían 20 pesetas), «y había menester cada monja muchos vasitos, de suerte que era muy más barato el vino que el agua».

Las provisiones que la Madre traía de Beas no se pudieron comer, de podridas, y corrompida estaba también el agua de una garrafa que la Madre había llevado consigo. Solo pudieron comer «habas, pan y cerezas, o cosa así dice María de S. José; y cuando para nuestra Madre hallábamos un huevo, era gran cosa» (T. y V. p. 638).

* * *

Rebasado Linares, abandonaron el ramal que iba por Andújar y optaron por atravesar el Guadalquivir por Espeluy, imaginando quizá que con aquella sequía sería fácil vadear el Guadalquivir.

Andada una legua cuesta abajo, llegaron a la *Casa y Barco del Guadalquivir*, que era entre Espeluy y Mengíbar. Era propiedad del conde de Santisteban, que arrendaba el portazgo y las rentas de la veintena de madera que pasaba por el Guadalquivir.

Después de aquella jornada de diez leguas, el paso del Guadalquivir era una prueba de nervios. Resultaba la cosa tan divertida que las monjas, y en particular la Madre, hacían coplas y las cantaban, ajenas al drama que en torno de ellas sucedía.

Los barqueros vieron desde luego un buen negocio, y pasaron primero las monjas y la gente en una barca, sin novedad. Después dice María de S. José, queriendo pasar los carros, o porque fuese necesario mudar la barca, o porque no se pudo dar maña el barquero, con la gran fuerza del agua arrebató la barca y la llevó, con un carro o dos, río abajo; porque cuando venía la barca con los carros y las demás cosas que traía, se quebró la maroma y la barca iba a la deriva».

Julián de Avila, más ducho en aquellos percances, lo enjuició todo como una trapacería de los barqueros: «Nos engañó, dice, un barquero, diciendo que en su barca podíamos pasar todos. Y no era su barca para pasar sino solo la gente y algunas cabalgaduras; y él, por ganar, se atrevió a lo que nos pudiera costar bien caro. Pasamos las monjas y la gente, bien; pero no se desuncieron los carros al pasar que pasaron, como no estaba la maroma atada de la otra parte del río, empieza el carro a irse río abajo, que no bastaba el remo para llevarle derecho adonde había de ir, de suerte que a la mira de todos, el barco con las mulas y carros se iba río abajo. Fue menester que todos nos asiéramos de la maroma (incluidas las monjas), porque los hombres que allí nos hallábamos eran pocos para detener el barco» (T. y V. p. 639-640).

Sta. Teresa, con su estilo peculiar, terriblemente conciso, describe el drama con esta frase lacónica: «Nosotras, a rezar; todos, voces grandes».

En el mapa de D. Tomás López está señalado el sitio de los Pontones, y un poco más al norte el poblado de Esquivel. La torre llamada Ventosilla estaba junto al mismo paso. Hoy día se puede apreciar muy bien aquel paso desde las almenas del castillo, donde aún se ven los proises de piedra donde se ataban las maromas, y el bajío y ensanche del río, donde el barco hubo de encallar.

Aquella noche la pasaron en una posada de Espeluy. El viernes, día 20 de mayo, las fundadoras, después de orientarse, prosiguieron el camino por Villanueva de la Reina y Arjonilla, hasta dejar la provincia de Jaén para entrar en la de Córdoba por Aldea del Río (ahora Villa del Río).

El último recuerdo teresiano de la provincia de Jaén fue la escena del paso de Espeluy. «Por cierto, recordaba la Santa, que nos puso gran devoción un hijo del barquero, que nunca se me olvida lo que aquel trabajaba de ver a su padre».

La Madre levantó su pequeño convento «debajo de una peña del río», y entendiendo que iban a pasar allí la noche, sacaron la recámara, «que eran una imagen, agua bendita y libros».

Tal fue su segunda fundación en tierras de Jaén. Cantaron completas, hasta que fue requerida la ayuda de las monjas para tirar de la maroma del barco a la deriva.

Era ya noche cuando todo acabó y no sabían hacia donde dirigirse. Estaban a legua y media de poblado entre Cazalilla, Mengíbar y Espeluy, y uno de los que fueron a ayudarlas las guió hasta una posada de Espeluy, para recobrar desde allí la «vía romana» que las había de llevar hasta Córdoba.

No cabe duda. La Madre nunca lo pudo olvidar. Tampoco nosotros podremos jamás olvidar el simple paso de una mujer única, que con solo pisarla santificó esta tierra del Santo Reino y puso en ella el sello de su amor por Andalucía.

